

CAPITULO II.

Donde se ve que hasta el diablo tiene miedo á la muerte.

El grupo de jóvenes, que hemos descrito en el capítulo anterior, se ha detenido al pié de la logia de Orcagna, á la sombra del Palacio Viejo, cuando el reló de Santa María acaba de dar con toda solemnidad las dos de la mañana. Unos se tienden materialmente en el suelo rendidos de fatiga; otros se cuelgan de los bancos y antepechos de la logia; beben estos de pié el rico vino traído en barrilillos de mano; y aquellos lanzan en las losas misteriosos dados y contienden sobre la significacion y el número de sus puntos, mientras algunos talarean por lo bajo, punteando el laud, amorosas canciones sin duda consagradas á la novia ausente; y todas estas actitudes y ocupaciones se ven dominadas por conversacion general en que, indistintamente, todos toman parte. Bien es verdad que la lleva con una elevacion singular por donde bien le place el gefe de la jubilosa banda, el bueno de Filippo. Veamos en qué lema particular se encuentra al punto mismo de las dos.

—¿De veras, decia uno que se llamaba Martino, de veras?

—¿No tienes otra explicacion que dar del mal, Filippo?

—No tengo yo ni la tiene nadie. Que el mal existe no puede dudarse, existe en la tierra y en el cielo, existe en el alma, en la naturaleza. El astro mas brillante va engarzado en negro anillo de sombras; la flor mas bella ú os clava sus espinas ú os marea y empozona con su aroma; el pensamiento mas sublime arrastra en pos de sí el error como el cuerpo la sombra; la vida mas exuberante, con solo moverse, cae al cabo en la vejez ó en la muerte. Esa luna tan hermosa va prendida en la nada como la mosca en las pa-

tas de la araña. Sobre el sol mismo sopla su aliento de muerte el no ser. Sobre la conciencia cae como una gota corrosiva el mal. Luego existe en todas partes, en las cosas particulares y en el conjunto de las cosas.

—Pero esa no es la cuestion. No tratábamos de si existe ó no existe el mal; cosa que todos sabemos; tratábamos de por qué existe. ¿Cómo compaginas su realidad con la esencia de un ser absolutamente bueno?

—El problema es peliagudo. Si el mal está en Dios, forma parte de Dios mismo. Si el mal no está en Dios, hay algo que pueda existir fuera de Dios, lo cual no puede creerse, como no creeríamos si nos digesen que existe un hombre y respira fuera del aire. Por eso hemos convenido en que el mal no proviene del Creador, sino de los seres creados. Todas las criaturas nacieron buenas del pensamiento divino y buenas se conservarán por virtud de la divina gracia. Mas el pecado de Lucifer volcó el mal en lo infinito y el pecado de Adán lo volcó sobre la tierra.

—De modo que hay dioses del mal.

—Yo te diré. El diablo, aunque Dios le va de continuo á la mano, tiene poder mágico sobre la Naturaleza entera, y llegaria hasta destruir nuestra tierra como frágil castillo de naipes, con solo un soplo de sus labios organizados para proferir la mentira y exhalar la muerte. Si te pone su puño invisible sobre el encéfalo, te oculta los objetos; si te remueve su dedo la órbita de los ojos, te da poder para mirar lo lejano y hasta lo invisible; si abre un pozo ahora mismo, extrae miasmas que penetran por todas tus carnes y se mezclan á tu sudor y á tu sangre hasta darte con sus ponzoñas la enfermedad y la muerte. Junto á las fuerzas naturales de la creacion desarrolla otras fuerzas sobrenaturales y mágicas que obran los maleficios, esos milagros del mal. Así tiene sus santos en los brujos y duendes, su religion en los sortilegios, sus sacramentos en los hechizos, su culto en la misa negra, su dia creador en el Sábado, su señales de dominio en esas marcas callosas estendidas sobre el cuerpo humano y que si las tocais con la punta de una lesna permanecen insensibles, mientras se exacerbán y enconan, si las tocais con el mango. El maleficio produce los maleficiados, y los maleficiados degeneran pronto en poseidos. Para convenceros de esta verdad no teneis mas que echar el endemoniado al agua, ya vereis como flota y no se ahoga.

—Indudablemente. Hay varias maneras de maleficiar, añadió Martino. Por contacto, como maleficiaron á la pobre jóven que á la puerta de San Lorenzo rezaba hace pocos dias, volviéndola demente con solo arrancarle una mota de la mantilla, sin duda untada por untos diabólicos. Hay además por soplos, por miradas, por conjuros, por palabras mágicas, por dichos litúrgicos, por polvos nigrománticos, por otras mil artes. Un dia que estaban varias jóvenes danzando en una boda, vino el diablo y le dió ganas de satisfacer tales necesidades, que ninguna pudo permanecer en el baile y

con su pareja, promoviéndose contra las pobres una burla general. Otro día uno de nuestros castellanos mas nobles no tenia en su castillo que comer y se guarecieron bajo sus techos multitud de amigos y parientes. En tal aprieto, y por no pecar de poco hospitalario, cosa insufrible á los gentiles-hombres, se dió al diablo, que cortó la carne de los ahorcados en la horca señorial, aderezándola de una manera muy gustosa, y transformó en sirvientes las figuras de los tapices, animadas por un conjuro infernal y elevadas á verdaderas personas humanas. Así hay que huir principalmente de dos animales, de los gatos, cuya forma toman las brujas, y de los perros, cuya forma toman los diablos.

—Sabeis, dijo un jóven veneciano, que despues de noche tan gozosa como esta noche, en que habeis dejado por el aire tantas canciones de amor y por el suelo flores tantas en ofrenda á la hermosura, tras el festin y la jácara y las competencias de poesía y el desafío de los cantores y las serenatas y las rondas, no se concibe como dais en una conyersacion que espeluzna y enfria, capaz de meter miedo al mismo diablo y de obligar á correr hasta á las estátuas de mármol.

—Loredano, le dijo Filippo, estúdiadlo todo, conócelo todo, averígualo todo: que en el saber está la fuerza, y las ciencias ocultas auxilian tanto al hombre como las ciencias exactas. No haya para la juventud cosa alguna secreta. ¿En qué noche estamos?

—En una noche de sábado.

—¿Quereis seguirme?

Preguntó Filippo.

—Pero ¿á dónde?

Dijeron todos.

—A busca de brugerías y de misterios. Andando sin direccion y sin objeto, entre las tinieblas palpables, encaminados por la casualidad, tropezaremos quizá con algun círculo mágico y veremos las ceremonias fantásticas de sus endemoniados adeptos. Por si acaso nos sorprendieran y apresarán, no temais; aquí teneis sangre de perro negro, ó sea, antídoto providencial contra todas esas extrañas brujerías.

Ninguno se atrevió á cejar y todos siguieron los pasos del jóven y animosísimo Filippo, que encargó el mayor silencio. Poco á poco la ciudad desapareció, como si la hubiera tragado pavorosa catástrofe. Ni un resplandor de ella columbraban los ojos, ni un eco percibian los oidos. El suelo se dilataba en términos y se entenebraban los aires, que diríase el vacío, solo, inmenso, profundo, semejante al abismo de la eternidad sin las modificaciones del tiempo y á la estension del espacio sin ningun accidente de la vida. Despues de haber pasado por este desierto, en que nada se veia ni escuchaba, por tanta soledad, vacía siempre, semejante á sí misma, comenzaron á sentirse ráfagas de huracan alternativamente encendidas y heladas.

cual si las despidiera, ya la boca de un horno, ya la boca de un ventisquero. Este viento, al comienzo, no llevaba en sí mas ruido que su propia vibracion; pero, poco á poco, se cargaba de imprecaciones indescifrables, bramidos espantosos, maullidos de gatos, rechinamientos de dientes, aleteo de gigantescas alas, encrespamiento de ondas tormentosas, resonancias de lejanos truenos, espasmos de próximos terremotos. Al fin de aquella estepa en que solo se descubria la sombra sumada á la sombra, alzábanse fantásticas encinas de copas colosales, todas cargadas de aves nocturnas, cuyos ojos relucian como astros siniestros, como mundos de muerte. La tierra, antes tan apretada y unida, cedia á los pasos, se ablandaba, despedia agua fangosa como si fuera una esponja. Y en esta agua que exhalaba como vapores propicios al sueño, se formaban fosfóricas cintas parecidas á los fuegos fatuos de los cementerios, una via láctea lúgubre, en cuyos funerarios resplandores, diríase que se encendian las retinas de las aves nocturnas, las pajuelas de las brujas voladoras, los crepúsculos y las alboradas del infierno. Por tan profunda marisma fosfórica, solo se descubrian madrigueras de zorras, cuevas de lobos que sacaban sus hocicos y aullaban á los viandantes. Y sobre las madrigueras se deslizaban nubes recién condensadas, y sobre las nubes pálidos esqueletos cuyos huesos chocaban unos con otros produciendo el mas siniestro ruido. Y gnomos, figuras que parecian arrancadas á los relojes de las torres, enanos negros vestidos de escarlata, con copas en las manos, repartian hostias formadas de pedazos de barro y brindaban con libaciones de sangre en una comunion sabática. Y por do quier abriáanse y cerrábanse con espantoso estruendo las bocas de los sepulcros, cuyo continuo movimiento podria tomarse por un bostezo del infierno. Y entre losa y losa funeraria danzaba y saltaba una bruja horrible. Y cada vez que en estas danzas tocaba al suelo con la punta de sus breves piés, surgia voraz llamarada, que tornaba prontamente á extinguirse como un volcan rapidísimo. Mas el monumento que todo lo dominaba era el antiguo dolmen celta, sitio de los sacrificios humanos, iluminado por braseros donde ardian grandes barras de azufre, cuyos verdosos resplandores lo teñian todo de un color fantástico, cual si amarillenta luna tomada de histericia hubiera reemplazado, como único luminar, á todos los astros del cielo. Allá arriba, sobre el dolmen, como un santo sobre el altar, aparecia con alas de murciélago, pié hendido, cuerpo y vellon de macho cabrío, cuernos retorcidos y ojos de lechuza, el ángel caido, Lucifer, sin una sola reverberacion ni una eentella sola de la antigua hermosura, cuando era el ángel de la luz en presencia de Dios. En torno suyo se agrupaban seres incalificables, en ninguna zoología conocidos, vámpiros que suspiraban por chupar la sangre, fantasmas con caras de Meduzas y cabelleras negras y ásperas como cerdas enroscadas con víboras y con ramas de ciprés y guirnaldas de ortigas, adormideras y beleño. Y á los piés de estos dioses, que re-

cordaban la antigua Hécate sombría, presentábase como ara el cuerpo de una jóven desnuda, sobre cuyos riñones se ofrecia y celebraba la misa negra llena de sombríos misterios.

Todas estas cosas y otras muchas indescriptibles vieron aquellos jóvenes en su carrera vertiginosa por los alrededores de Florencia y en las sombras espesas de aquella oscura noche. Cualquiera en nuestro tiempo, el mas aficionado á creer en la magia y en los milagros de la magia, imaginára que todo aquello lo habian visto en los vértigos de una embriaguez juvenil. Pero lo cierto es que los amigos de Filippo, apesar de su juventud y de sus bríos, sin averiguar si aquello era verdad ó mentira, se arremolinaron en torno de su guía y se pusieron bajo su égida, como un ganado falto de pastor y temeroso de la tormenta. En realidad el jóven calavera se habia ido demasiado lejos, y buscando al diablo, habia encontrado sin duda una de aquellas reuniones mágicas, tan frecuentes en la Edad Media, donde bajo aspectos fantásticos, se ocultaban ó sectas heréticas, ó partidos políticos, la ira del desterrado, la desesperacion del siervo, la esperanza del sectario, el simbolo de una fé cualquiera, que se pagaba en el cadalso y que recogia la liturgia mágica para preservarse del poder mismo de la justicia, por el miedo general que infundia. Filippo no daba con el medio de salir ni con el camino que debia tomar para devolver ilesa á la ciudad la compañía que le siguiera con tanta confianza, cayendo por su culpa en semejante aquelarre. A medida que crecian las visiones, crecian los temores. Voces varias de «salvacion» se oían, exhaladas por aquellos pechos atribulados que se creían ya metidos en medio del fuego de los infernos. Filippo no sabia qué hacer ni á qué santo encomendarse, cuando le asalta una idea súbita y la realiza con presteza. Baja la cabeza, coje la espada, corre á todo correr por aquel fantástico suelo y se encara con el diablo diciéndole «ó me guias camino de Florencia ó mueres.» El diablo tembló de piés á cabeza como cualquier mortal y creyó en el cumplimiento de aquella amenaza, pues guiando á la aturdida banda, le mostró en menos que canta un gallo el cielo tachonado de astros y Florencia á lo lejos ceñida de jardines.

Y en efecto, como se habian separado mucho de la ciudad, les amaneció y salió el sol en el camino. Entrada ya la mañana, dirigiéronse á uno de aquellos jardines, donde se congregaban á la sazón los sabios florentinos. Bosques de mirtos y de laureles recordaban la antigua Atica; enjambres de abejas corrian zumbando como en las faldas del Híbla; la canora cigarra entonaba aquella su monótona cancion entre los rojos pámpanos y las verdes ramas del olivo; en la cañada ostentaba sus flores rojas la adelfa y en la alta colina se mezclaban el pino y el ciprés; las montañas de la Umbría al Oriente y al Occidente las montañas del Apenino reverberaban la luz en sus gigantescas facetas; corrian por lo mas hondo el Arno y á su lado se elevaba austera y armoniosísima á un mismo tiempo la artística Florencia, y en-

tre tantos dones de la naturaleza y del arte, el escultor desbastaba grandes mármoles y buscaba en su blanca superficie las líneas de la humana figura; el joyero cincelaba el oro y la plata repitiendo las guirnaldas del campo; el arquitecto trazaba las líneas de sus monumentos y repetia las columnas de Grecia con sus coronas de acanto; el sacerdote heleno que iba al Concilio hablaba un lenguaje digno de la Agora; mientras que el pintor, despues de haber trazado varios bocetos, iba á oír al platónico, sentado bajo las hayas, sobre un banco de mármol, á la orilla de una fuente, contra el pedestal de una diosa, como creyéndose en la Academia, para hablar de la muerte y de la inmortalidad, de las ideas y de sus arquetipos eternos, de la vida interior tan cercana á la vida divina de Dios en cuyo seno todo se contiene, y del Verbo por cuya virtud todo se revela, de tal suerte que hubiera podido creerse que la noche última era tambien el sábado último de la magia, de la hechicería, del diablo de la Edad Media, y aquella mañana deslumbradora, la eterna mañana del Renacimiento, en la cual no tanto amanecia una nueva edad, como alboreaba la luminosa aurora de un nuevo y mas hermoso espíritu en el seno de la humanidad y de la tierra.

Ante este hermoso espectáculo despertáronse multitud de ideas en la mente de Filippo exaltada por el insomnio y los sueños de la noche anterior. Sus compañeros adivinaron tal estado de su alma y se reunieron en torno suyo para escucharle, pues hablaba con una rara elocuencia. Y agradeciendo él profundamente esta fina atencion, no les ocultó nada de todo cuanto pensaba.

—Un terror espantoso, decia, nos separaba de la Naturaleza, que creímos impura como templo y asiento del pecado. Una conviccion arraigadísima de la brevedad de nuestra vida nos llevaba á consumirla al pié de los altares, ahondando desde la niñez el hoyo de nuestro sepulcro. Diríase que teniamos horror al Universo y horror al hombre, no conociendo á Dios mismo sino por el miedo que nos infundia su justicia. Pero gracias á este siglo nuestro, y gracias sobre todo á esta ciudad de Florencia, los antiguos terrores se han desvanecido y hemos tomado un licor nuevo que discurre vivido por nuestras venas y centuplica nuestras fuerzas, llevándonos á sacras nupcias del espíritu con la Naturaleza, que han de dar á la posteridad una familia divina de obras inmortales. Cuando el invierno cubre de un blanco sudario la cima de nuestras montañas, y de nieblas el aire, y de hojas amarillentas el campo, llegando hasta aprisionar en cadenas de hielo arroyos y rios que se petrifican y enmudecen, nadie recuerda la vuelta del calor benéfico, el vuelo de la mariposa, el cántico del ruiseñor, el regreso de la golondrina, el zumbido de la abeja, el brotar de las flores en los secos tallos y el brillar de la vía láctea en los inmensos cielos. Pero, bajo la humedad y la nieve se ha concentrado la semilla que debe nuevamente fecundarse, y fecundar la tierra. Así en la historia cayeron los dioses de sus rasa

de mármol; quebráronse las cuerdas de las harpas eólicas; el cincel con que el hombre divinizaba su propia forma en los mármoles de Paros, saltó como frágil arista en mil pedazos; la Musa coronada de verbena descendió de su montaña, ceñida de mirtos, y la diosa que provocaba eternos cánticos hu-
 yó de sus intercolumnios; aquella risa que la alegría de la vida inspiraba á los mortales, se trocó en fúnebre tristeza; y no se vieron por las laderas de los montes, en las ondas de los rios, tras los bosquecillos de mirtos y de adelfas, en la perla de rocío pegada á la hoja ni en el matiz de la aurora resplandeciendo por el Oriente, la inmortal esencia que vivificaba á la Naturaleza y la llenaba de una inextinguible poesía. Cayeron los dioses como caen las hojas á los primeros cierzos.

El arte se perdió. Diríase que estaba también perdida la esperanza. Pero ahora celebramos la Pascua del Universo resucitado. Al triste Viérnes Santo en que la antigua Musa dormía su sueño de muerte bajo la losa sepulcral guardada por tantos penitentes en cruz, ha sucedido el Sábado de la resurreccion universal saludado por universal regocijo. Los dioses y las diosas en tropel vienen á nuestros bosques; el cántico de la esperanza se eleva como un aroma embriagador de nuestros campos; los cinceles y la paleta se mueven como si los impulsara un viento misterioso; la tierra se rejuvenece al calor de la eterna primavera, y el alma humana se embriaga de ideas y lanza inspiraciones como rayos luminosos los astros. Esto es una nueva vista del espíritu divino á su inmortal esposa, la eterna humanidad. Esto es una transfiguracion del hombre, que busca las cimas de la vida para descubrir desde sus vertiginosas eminencias el infinito cielo. Esta es una nueva edad que debemos cantar en una égloga tan vívida, como aquella que al poeta antiguo inspiró la esperanza en el pronto rejuvenecimiento de la Naturaleza y del Espíritu. Trabajad, jóvenes amigos míos, trabajad: que las hermosas diosas del arte van á surgir al calor de la inspiracion. Ya os estrecharán entre sus brazos, ya os infundirán con la llama de su amor delirante la vívida alegría de una vida consagrada al culto de la inspiracion y de la hermosura. Vedlas venir como una bandada de palomas elevándose por los aires celestes, despues de haber dormido un sueño tan largo que parecia la muerte; vedlas venir y saludadlas, y saludad en ellas la promesa inmortal de una nueva ciencia y el cielo esplendoroso de un nuevo arte. Adios, hermanos míos, despues de un corto descanso que repare vuestras fuerzas gastadas por el insomnio y el placer, consagraos al trabajo que ha de embellecer la tierra y ha de transfigurar la vida.

Y tras estas palabras de despedida partiéronse los jóvenes que formaban la alegre compañía en direcciones diversas, y Filippo bajó solo de la colina y del jardin donde los artistas se congregaban, llena su mente de ideas innumerables y su pecho de aspiraciones vagas. Mas, despues de haber encarecido aquella resurreccion del paganismo y aquella apoteosis de la humanidad

regenerada por una idea nueva, oyó tocar á misa y se encaminó á la Iglesia. Una vez en ella, tomó agua bendita con todas las fórmulas litúrgicas, se persignó con recogimiento religioso, bajó la cabeza en señal de profundo respeto, hincó ambas rodillas en tierra, plegó sus manos y murmuró una oracion fervorosa. De vez en cuando, sin embargo, sus ojos se convertian á uno ú otro lado del templo y se quedaba estático en la contemplacion de los cuadros. Pero, en cuanto cualquier hecho accidental volvía á recordarle que estaba en la Iglesia, apartaba sus ojos de aquella profana contemplacion y se sumergia de nuevo en las meditaciones religiosas. Un largo rezo en latin eclesiástico sucedía á la profana contemplacion de las figuras. Por fin la misa, cuya celebracion habia anunciado la campana, apareció en el altar. Filippo se persignó y rezó. Y cuando dijo el sacerdote. «Introibo ad altare Dei» contestó, apesar de que él no ayudaba la misa: «Ad Deum qui iætificat juventutem meam.»